

*Desolación y vuelo. Poesía reunida, 1951-2011*

JOSÉ CORREDOR-MATHEOS  
Barcelona, Tusquets, 2011, 552 pp.

*reseña de* Raúl Díaz Rosales

Sesenta años de escritura condensados en once libros, a los que añadir una recopilación de poemas sueltos escritos entre 1977 y 2009 y los bosquejos de una futura compilación fechados entre 2008 y 2011, así como pequeñas recopilaciones de poemas (*Canciones para Judit* y *Canciones para Marta*, de 1998 y 2001, respectivamente). En términos cuantitativos, es lo que ofrece este volumen de más de medio millar de páginas. Cualitativamente, la voz de José Corredor-Matheos se muestra como un ejercicio de solidez, coherencia y estilo poco común en el panorama literario.

La trayectoria de este escritor de la generación del 50 abarca diversas prácticas poéticas: desde el soneto al poema en heptasílabos, y el haiku por lo que respecta al molde métrico, a la diversidad de tonos y contenidos: écfrasis, una naturaleza como reflejo del yo en el mundo, el conflicto social al que se enfrenta el hombre, y todo dentro de un pesimismo existencial que paulatinamente va adquiriendo un mayor peso hasta convertirse en un ejercicio de pureza intelectual en la que el hombre, en sus límites, descubre la grandeza.

El de Corredor-Matheos es un movimiento de búsqueda, la confirmación de que la poesía ofrece, a quien sepa interrogarla, la seguridad de la incertidumbre, la abolición de las falsas convicciones: «[...] Te sorprende que esto / que te envuelve / sea en verdad real, / que tú mismo lo seas» («Qué extraño es estar vivo», p. 361). Y así surge la naturaleza como fuente de indicios que, en su falsedad, desvelan la verdad del vacío de la existencia, más allá de las apariencias que engañan al hombre.

Camino de aprendizaje en el que la escritura acaba conformándose como parte esencial de ese proceso de despojamiento<sup>1</sup>, romper el silencio implica distorsionar la paz: «No quisiera escribir, / para que mi emoción / fuera más pura, / para no interrumpir / el pensamiento / o el silencio que llega / cuando ya el pensamiento / se ha acallado» («No quisiera escribir», p. 261). Una escritura externa, fruto de la revelación, que queda anclada en la única verdad: «¿Quién es el que me dicta / lo que escribo / y me hace vivir / con la clara conciencia / de mi muerte?» («Qué músicas son estas», p. 362). Una apuesta ética que impide concebir el poema como puro juego, tal y como se expone recogida en el soneto «¿Es lícito que empiece este soneto?» (p. 505) convierte su poética en declaración de intenciones: la poesía como forma de conocimiento de lo imprevisto de la realidad.

Y en ese mundo, en esa naturaleza esencialidad existe el hombre, que ha de confirmar su identidad precisamente a través de su fin. Trascendente y universal es la identidad del hombre, imposible de concebir sin la misma muerte: «[...] y sentir cómo a todo / lo ilumina / la misma única muerte / que me ilumina a mí» («Me gusta caminar», p. 386). El pesimismo existencial no es sino el imprescindible y único resultado de la sabiduría: «¿Cómo podré pagarte / que me hayas hecho ver / la irrealidad de todo?» («Cómo podré pagarte», p. 374). Se muestra la voz con una pureza exquisita,

<sup>1</sup> No puede ser más reveladora las palabras citadas de Omar Jayyam: «La nada es el fruto de mi constante meditación».

de una enorme exigencia no solo en el plano de expresión sino en un mensaje que apuesta por el conocimiento. Así lo explica en uno de sus poemas: «Dejar tan sólo el hueso, / hasta que brille / como puñal o luz» («Dejar tan sólo el hueso», p. 364). Revelación y aprendizaje culminan en la nada: «Qué angustia, en la cumbre / de la desolación. / Y qué desolación, / tan lejos de la cumbre» («Qué angustia, en la cumbre», p. 365). Estos son la desolación y el vuelo: la sabiduría que nos eleva de lo material para mostrarnos la nada que habitamos.

En el penúltimo de los poemas recogidos, «Si te sientes feliz», nos regala el poeta una clave de felicidad estoica: «Qué alegría vivir, / vivir así, / sin importante / lo que

esto signifique» («Si te sientes feliz», p. 513). Solo así, recibiendo los dones y sabiendo interpretar sus limitaciones, se consigue el razonable logro de disfrutar estando vivos, como ya había advertido más de treinta años antes: «[...] No hay ninguna razón / para estar triste, / ni para estar alegre. / No hay razón para nada. / Y sé feliz así» (p. 162). Paz interior que nace no de la derrota, sino del sabio aprehendimiento de la verdad.

La obra de José Corredor-Matheos es un claro ejemplo de la falsa sencillez. De la aparente nada que, lejos de la banalidad, nos ofrece un sencillo y puro fulgor, una revelación del lenguaje que bucea en su esencia y se presenta, no desnudo, sino puro y eterno. Sin duda alguna, imprescindible.